

DISCURSO

PRONUNCIADO POR D. VICENTE F. LOPEZ, EN LA SESION DEL 19 DE OCTUBRE DE 1845, AL INCORPORARSE EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE, COMO MIEMBRO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA I UMANIDADES.

SEÑORES:

La solemnidad del acto en que me encuentro, i la categoría de los personajes que me escuchan, turban de tal modo mi razon i mi voz, que dudo que pueda acertar a dar a mis ideas i a mi discurso la elevacion de sentido i de tono, que le corresponderia si yo fuese capaz de levantarme asta la altura de la situacion en que me allo.

Ace poco que creyéndome el blanco de ataques injustos i que de ninguna manera abia provocado, me presenté ante una de las facultades de esta ilustre Universidad pidiendo un exámen jeneral en todas aquellas materias sobre que alguna vez abia escrito o ablado: pretendia, señores, contestar esos ataques mostrando, que era capaz de obtener un título competente e irrecusable para ocuparme en adelante de cuanto me abia ocupado ántes. Vosotros, señores, me dejásteis lleno de satisfaccion i de gratitud; i cuando os diga que en el feliz resultado que en este empeño obtuve, doi yo mas parte a vuestra induljencia que a la perfeccion de mis conocimientos, no debeis creer que os recito una frase de modestia preparada de antemano, sino que espreso el sentimiento sincero que realmente abrigo.

Consolado entónces por vuestra plena aprobacion, i bien léjos de creerme digno de distinciones mas esplicitas, me allaba siguiendo en la oscuridad mis estudios i mis trabajos, cuando vosotros venisteis a turbarlos dándome el motivo mas fuerte que en toda mi vida e tenido para sentir una noble i elevada satisfaccion. Aun aora mismo, señores, me allo tan ofuscado con el nombramiento que abeis echo de mí para miembro de esta ilustre corporacion, que os confieso con toda franjeza, que no sé cómo es que e podido ser digno de que me agais el alto onor de asociarme a los altos i sérios trabajos con que preparais, para esta gloriosa república, jeneraciones de ciudadanos, que si corresponden a los desvelos que os tomais por ellas, serán un incontrastable elemento de orden i

de civilizacion. Pensad, señores, en que esta es la primera vez que me veo elevado a un puesto público; pensad en que este puesto, aunque modesto, a sido siempre para mí uno de aquellos mas onrrosos a que pueda aspirar un ombre de letras; pensad en que soi extranjero i en que como tal, no abia concebido jamas la mas insignificante aspiracion; pensad, digo, en todo esto, i comprendereis los mil motivos que tengo para estar satisfecho; si alguna vez es lícito tener vanidad, yo la debó tener aora; i no soi tan fuerte ni tan hipócrita que quiera ocultaros, señores, que estoi poseido de ella por la distincion con que me abeis onrrado.

Sin embargo, Señores, el vivo placer que me a causado vuestra eleccion a caido en mi alma mezclándose con un verdadero sinsabor. El asiento que vengo a ocupar, fué ocupado ántes por un jóven que desde sus primeros años abia sabido acerse digno del respeto i de la estimacion jeneral. Ijo de una familia entre cuyos miembros parece que el talento i los conocimientos literarios se trasmiten como si fuesen una erencia lejítima; de una familia tan respetable, que, aunque extranjera, a sido adoptada por la sociedad chilena con todas las consideraciones i respetos que de justicia le corresponden en toda nacion culta i civilizada; mi antecesor era un jóven, Señores, pronto ya a responder con honor i con lucimiento a la voz con que su patria adoptiva lo llamaba a puestos eminentes, cuando la muerte lo a quitado de entre nosotros. La pérdida, señores, a sido grande i mui lamentable, por cierto; muchos años, muchos trabajos i muchas felices circunstancias se requieren ántes de que sea posible reponer la falta de un ombre de tanto mérito como el que a dejado vacío entre nosotros el asiento que yo vengo a ocupar.

Dedicado este jóven a estudios serios, lleno de paciencia para aprender i de probidad para conducirse, abia comenzado a continuar el lustre del nombre que llevaba, que es conocido i acatado, por los trabajos paternos, como uno de los mas respetables de nuestra naciente literatura. Todos emos conócido, señores, a este jóven sobresaliente: ace mui pocos dias que lo veíamos paseándose, rodeado de sus amigos, mostrar en su aire i en su paso aquella reflexion tranquila i templada que es el lote de los ciudadanos respetables. Sus estudios severos i positivos, su contraccion a meditar, el éxito con que desempeñaba los deberes de su noble profesion eran preciosas garantías de felicidad para su familia i de inmensos beneficios para el pais que lo abia adoptado. Su juicio i su sensatez lo preservaron siempre de todo estravío; i tanto en literatura como en moral abia amado el órden i la armonía como condiciones únicas de ciencia i de felicidad.

No bien abia salido de la niñez cuando ese jóven, cuyo nombre me

cuesta pronunciar, porque me parece que abro de nuevo las numerosas eridas que su muerte izo en sus amigos; cuando ese jóven, digo, enriqueció nuestra biblioteca con una obra digna de su paciencia, de su contraccion al trabajo i de su amor intelijente por las bellezas inimitables de la *Literatura clásica*. La gramática latina que publicó el Sr. D. Francisco Bello, está destinada a producir fecundos i utilísimos resultados en la educacion de nuestra juventud: i es de esperar que este libro precioso contribuirá eficazmente a acer desaparecer de las obras de injenio en que se an ensayado algunos de nuestros jóvenes ese desenfreno de ridículo simbolismo con que el inexperto deseo de imitacion las a deslucido tan completamente; i que es tan contrario a las ideas i a las inspiraciones que provoca el estudio de los maestros antiguos.

Para Bello, señores, la primera i mejor cualidad de una literatura, era la *precision*. En el estudio de los autores latinos abia concebido con fuerza el principio de que sin precision todo es aire i sonido puro, todo es ueco i absurdo. Tenia razon, Señores, para pensar así. El autor de la mejor gramática latina que conocemos; el jóven que abia pasado sus mejores dias meditando sobre Vijirlio i Oracio, sobre Ciceron i sobre Tácito, *pan de los fuertes*, como los llama un eminente escritor contemporáneo; el jóven repito, acostumbrado a manejar diariamente las sabias i severas frases de Ulpiano, las sentencias de Julio Paulo, no podia ménos que rechazar esa poesía que trata a las ideas como aquel Emperador Romano que izo aogar a sus convidados entre montones de flores; poesía que multiplica al infinito las descripciones triviales i vacías, i bajo cuyo estraño i charro ropaje, la idea, el pensamiento del autor mismo guardan un perfecto *incógnito*.

El señor Bello no podía dejar de ser de aquellos que miraron con dolor a tantos jóvenes de chispa poética, aspirando a subir asta el cielo, i sin conseguir otra cosa que estraviarse en las rejiones nebulosas del vacío donde sus lirás, suspendidas como otras tantas arpas eólias, i acariciadas al acaso por los vientos, suspiraban sonidos, armoniosos algunas veces, pero monótonos i vagos siempre.

Los estudios clásicos i severos de mi antecesor le icieron mirar con disgusto esta tendencia que se izo sentir aora tres años: la vituperó siempre, i es de esperar que el recuerdo de sus palabras, autorizado con sus preciosos trabajos sobre la gramática latina, restablecerán algun dia en Chile el gusto de la literatura precisa i severa; i lograrán imprimir en todos los ánimos esta verdad—*que la poesía no es otra cosa que el entusiasmo de la razon*; i que, por esto, para ser bella i grande necesita asentarse sobre estudios i trabajos asiduos que la mayor parte de los jóvenes a des-

deñado por entregarse con buen umor i con descanso a los impulsos de la inspiracion momentánea, improvisada, qe casi siempre produce lamentables estrávilos.

Soi incompetente, señores, para apreciar los trabajos profesionales con qe el señor D. Francisco Bello a enriquecido lo qe podríamos llamar *nuestra literatura forense*. No tengo los estudios qe debiera tener para juzgarlos, ni la acertada práctica de manejar estos negocios qe él tenia; por consiguiente, solo puedo deciros lo qe todos sabeis: qe sus trabajos como abogado eran leídos con mucho respeto, i qe en mas de una vez se izo notar su pluma por la rigurosa lójica i fuerte erudicion con qe trató cuestiones de alto interes público i legal. Os recordaré, señores sus escritos sobre la propiedad de los terrenos abandonados por el mar; porque este fue el trabajo, qe entre todos los qe e leído de su pluma, me dejó mas convencido de sus capacidades i de sus luces.

E aquí, señores, el miembro a quien vengo a reemplazar en la Facultad de Filosofia i Umanidades. La posicion elevada qe abia sabido adquirir por sus talentos i por su conducta, la multitud de amigos con qe contaba, los prestijios de familia qe lo apoyaban, todo en fin, quanto le era personal, forma un completo contraste con quanto le es persona actualmente a su sucesor. La desventaja toda está de mi parte i aunque me creo sumamente lisonjeado con el onor qe me abeis echo al elejirme para sucederle, no puedo ménos de confesaros qe me abate i me umilla el tener qe sostener una comparacion tan desigual; tanto mas quanto qe es imposible qe deje de acerla interiormente el ánimo de cada uno de vosotros.

Os e indicado ántes, señores, qe espero mui felices resultados de los trabajos qe el Sr. Bello nos a dejado sobre Gramática latina. La nueva edicion de su preciosa obra qe pronto deberemos a los discretos i sábios cuidados del padre del autor, eminente literato como todos sabeis, os ará conocer cuantas mejoras i simplificaciones a operado este libro en el estudio de los rudimentos de esta lengua difícil i complicada. I no es, por cierto, en este lugar, qe por todas partes exala un espíritu imponente de clasicismo, donde me corresponde empeñarme en demostrar la poderosa influencia qe esas mejoras van a tener en el cultivo de las inteligencias jóvenes, qe, por sus estudios, se preparan a ocupar un puesto lucido en la literatura americana.

Aquellos libros, Señores, qe como el del Sr. Bello contribuyen a popularizar esa literatura de la antigua Roma, en la qe uno no sabe si a de admirar mas la rica i profunda filosofía qe encierra los prestijiosos adornos con qe eleva i sublima la razon sin violentar jamas el buen sentido; di-

go que esos libros, señores, son apesar de sus modestas apariencias i de su lento influjo los mas poderosos apoyos de la cultura literaria, i, como tales, dignos de ser elojados sin reserva. Ciertamente es que no inician doctrina alguna, de un modo aparente: si uno se detiene en la primera mirada, en la primera reflexion, nada alla en ellos que sea social, nada que sea literario, nada que sea moral, nada que sea poético, en fin; pero ponedlos ermanos de ese pueblo de niños cuya inteljencia regais con la mira de que sean algun dia los grandes ombres de la patria: ponedlos af i decidme ¿adónde conducen?. Comenzando por disciplinar la memoria i la razon del adolescente, comenzando por acerlo serio i concentrado en medio de las expansiones caprichosas i voltárias de la edad infantil, llegan asta ponerle entre las manos las sublimes creaciones de Virjilio, las sagaces i vivas inspiraciones de Horacio, que parece eternamente destinado a ser el astro de la correccion i del sentido comun: i despues de estas lecciones, vienen otras en las que el alma del jóven seintima con el alma de Ciceron, de Salustio, de Tácito i de Séneca. Ahora pues ¿puede nadie imaginar Cursos de Bellas Letras, Cursos de Moral, de Política, de Filosofía, de Crítica i de Isteria, mas completos i eficaces que los que se acen de un modo práctico i positivo sobre las pájinas de estas bellísimas producciones de la Antigüedad?

Es imposible imaginar, Señores, modelos mas acabados en el arte literario, obras diseñadas con mayor sencillez, ni iluminadas con un injénio mas brillante que las que ofrece esa literatura latina, en cuyo seno el talento se muestra sagaz i serio, al mismo tiempo que atrevido i disciplinado, inspirado por la mas alta poesía i sin abandonar jamas la senda clara i espaciosa del buen sentido.

Si del aspecto puramente literario pasais, Señores, a examinar el aspecto moral i político de la literatura latina, nada encontrareis que no sea soberanamente sorprendente por la sabiduria, altura i jeneralidad de las doctrinas. Horacio, Señores, es un curso completo de *sentido comun*, un curso de discrecion, una fuente inagotable de filosofía práctica calculada con una singular sagacidad para dirigir nuestras pasiones i nuestros gustos sin que nos cause estragos el roce de los intereses ajenos. Nadie puede leer las poesias pastoriles de Virjilio sin sentirse atraido por el magnético prestigio de las virtudes modestas i sencillas de la vida privada: nadie puede leer su ermosa *Eneida* sin elevarse asta la grandeza ideal del eroismo, i sin sentir que al mismo tiempo en que el oido se deleita con bellísimos versos, el corazon se temple con virtudes fuertes i magnánimas, virtudes capaces de superar todos los riesgos i tristezas en que la desgracia puede arrojar al ombre. Ciceron, moralista

eminente, erudito investigador i laborioso, filósofo práctico, político observador i doctrinario, orador literato, crítico sagaz, es, a mi modo de ver, una especie de *Constitucionalista Antiguo*, un genio de la familia de Voltaire i de Benjemin Constant, nacido para desparramar ideas i popularizar principios sobre todos los ramos de la cultura intelectual, es, en fin, una de esas inteligencias parecidas al *panorama*, qe por medio de la reflectacion dan nueva vida, prestijios i relieve a las doctrinas abstractas i metafísicas de la ciencia pura. Puesto en manos del jóven obra con muchísimo poder sobre su alma; la elegancia pomposa de sus frases, la dignidad fácil i mundana de sus ideas, la amenidad de su discurso, el desallorro verboso i prolijo de sus doctrinas, cierto orgullo de pensador inexplicable pero aderido patentemente a la espresion i al pensamiento de este crítico i moralista antiguo, son cualidades esencialmente propias para elevar el alma, i para inspirar al jóven qe se prepara a ser ombre de letras ese amor propio, ese orgullo i vanidad del escritor, qe no solo dá dignidad personal sino fuerza para superar los obstáculos del estudio, pasion para amar el trabajo i el retiro, i esa fibra particular qe nos proporciona deleites intensos cuando en medio de la mas completa soledad paseamos nuestra inteligencia por el vasto i brillante mundo de las ideas.

Nadie como nosotros, Señores, qe somos republicanos, no tanto por pasion quanto por principios i por interes, puede apreciar con mayor exactitud el beneficio qe la lectura i estudio de los libros de Salustio i de Tácito i demas istoriadores antiguos pudieran tener sobre el alma de nuestras nuevas jeneraciones. El amor de la libertad i del órden llevado asta la pasion, el lenguaje de la fuerza, el vigor de la idea, la penetrante agudeza de las observaciones con qe el corazon de los ombres poderosos se alla analizado en esos libros; el tino sagaz con qe saben descubrir las pasiones i los intereses qe nacen de las diversas situaciones sociales; todo, Señores, es en esas obras admirables un motivo precioso de lecciones provechosas i capaces de enseñar una política eminentemente alta i positiva a la vez, una política desnuda de esas miserables i vocingleras declaraciones con qe el charlatanismo demagójico de nuestros días pervierte, Señores, a tantos jóvenes de pasiones nobles i elevadas qe si ubiesen sido bien dirigidos abrian servido vigorosamente a su pais.

Bastaria, señores, los méritos incontestables qe os acabo de referir para qe la Literatura latina recibiese entre nosotros todos los respetos i consideraciones qe se le dan en los paises mas adelantados del mundo. Pero tiene otros mil, señores, tan grandes i tan numerosos qe seria ri-

dículo empeño de mi parte el proponerme acer aquí de todos ellos una enumeracion prolija i completa.

Ai uno, sin embargo, que no puedo ménos que mencionar. Entre los escritores eminentes de los tiempos modernos no ai uno solo que no deba su alta posicion al manejo, estudio, e imitacion de los autores latinos. Repasad la lista de los escritores franceses desde Rabelais, Amyot i Montaigne, asta Cornille, Recine, Voltaire i Villamain; repasad la lista de los escritores españoles desde don Alfonso *el sábio* asta Cervantes, desde Cervantes asta Quedo, desde Quedo asta Melendez Moratin i Jovellanos; i vereis, señores, que sus serios estudios de latinidad son el origen real de esa ermosura de jiros que con tanta gracia dan a su frase, de ese ropaje diáfano i cristalino con que vuelven claro i brillante el pensamiento mas sutil i delicado. Por último, señores, toda fa pobreza i mediocridad de estilo con que escribimos los ijos de la América, viene, en mi concepto, del lamentable descuido en que tenemos el estudio de los autores antiguos. I, personalmente, os confieso, que apénas e tenido razon propia i verdaderas aspiraciones literarias, e sufrido remordimientos diarios, por no aber tenido constancia i valor para escapar del influjo de esta relajacion jeneral entre nosotros: i tal es oi mi convencimiento a este respecto, que a los treinta años de edad e vuelto sobre estudios que debiera aber perfeccionado en mi adolescencia, i me e contraido a ellos cuando, quizá, ya no podré curar los vicios que por su carencia, se an arraigado en mi pluma.

Nada me parece mas fácil de esplicar, señores, que la razon del echo, que os acabo de acer notar, cuando os dije, que todos los escritores eminentes de los tiempos modernos abian debido su mérito al estudio de los escritores latinos. El latin es un idioma lleno de majestad i de elegancia: en su manera de concentrar el pensamiento ai cierto vigor inexplicable, pero fácil de comprender al pasar la vista por aquellos medios fuertes, redondos, acabados, que las frases forman sucesivamente. Permitid, señores, que, para exponeros, con mayor claridad mis ideas, me detenga un momento a examinar la frase latina.

La frase latina es, a primera vista, un misterio: la primera palabra nada dice; nada dicen la segunda ni la tercera; i sin embargo, la atencion pasa con una alarma creciente de palabra en palabra, trata de no olvidar ninguna de las que deja atras, ejecuta comparaciones rápidas i momentáneas sin detener un solo instante su movimiento progresivo; la alarma i la curiosidad se aumentan de punto por punto; se busca la idea i el pensamiento del autor como si en un momento crítico se buscara un recurso infalible de salvacion: al fin, señores, se da con

una palabra, con una *coma*, con un signo insignificante; i todo aquel largo misterio, todo aquel encadenamiento de voces, alarmantes, que aguzaban la curiosidad i que nada se decian, se abre como por encanto i se rodea de una luz tanto mas viva i enérgica cuanto que es repentina. El alma se llena de placer i de alegría, descansa i concibe al mismo tiempo, se recrea i recoje el fruto de sus desvelos.

Nada es comparable, señores, a la viveza que este mecanismo de la frase latina comunica a los pensamientos, las ideas parecen luces que corren de un lugar a otro para llevar claridad al punto oscuro i principal del sentido; todos los elementos de esa frase se mueven, se auxilian con una admirable lijereza, i todo esto, señores, excita de tal modo la alegría i la complacencia del ánimo, que produce una situacion placentera, llena de un deleite íntimo i tanto mas útil cuanto que está esencialmente unido al trabajo mental.

Figuraos, señores, por un momento, la influencia que debe tener sobre la tierna inteligencia del niño, el manejo de libros escritos con este mecanismo lleno de arte i de animacion. Sin que él lo sienta adquiere destreza i facilidad para crear giros i echar mano de artificios literarios esencialmente propios para dar encantos i prestijios a la expresion. El sentimiento inteligente del estilo, la conciencia avisada del arte de escribir, se naturalizan, por decirlo así, en su alma; de la misma manera con que la robustez i la fuerza se naturalizan en los miembros del cuerpo por efecto de la educacion gimnástica que se les quiera dar. Cuando el jóven viene a tomar la pluma, aca ya muchos años que sabe que la redaccion no importa una mera i material expresion de las ideas, sino una copia artística, trabajada i meditada con la intencion de producir efectos mágicos de perspectiva i de accion, preparados de tal modo que agan la reflectacion de la idea de un modo vigoroso i lleno. Eso mismo que se llama *naturalidad de la expresion* es un efecto puro i delicado del arte del escritor.

Ademas de todo esto, señores, para apreciar debidamente el respeto que el escritor moderno debe profesar a los escritores latinos, es preciso tener presente que todos los idiomas en que oi escribimos han salido del latin i que, por esta razon, es imposible conocer sus resortes ni su naturaleza (conocimientos indispensables para el escritor) si no se apela a la literatura latina en busca del orijen de mil giros i de mil palabras destinadas a ser manejadas por los modernos.

Nuestros idiomas deben todo su edificio literario al latin; i para convencernos de ello basta echar una lijera mirada a la época de su formacion durante la *edad media*. Nadie usaba ya de este idioma antiguo en

el lenguaje vulgar, i todavia lo usaban todos cuando escribian; abiendo llegado a adquirir tal fuerza esta costumbre de escribir en latin qe fué necesaria la osadía de un Dante para contrarrestarla; i aun así, apesar de su sublime talento i de su fuerte sabiduría, se atrajo el vituperio jeneral i el desprecio, porq̄ se abia atrevido a usar del italiano en su famoso poema de la *Divina Comedia*.

Despues del Dante, señores, se realizó un singular movimiento de investigaciones latinistas. El primer literato de nuestros tiempos dice: «El vínculo unitario de la Europa abia sido teolójico asta entónces: era él la relijion ablando en latin: en el siglo XIV se izo filosófico i literario. En Alemania, en Italia, en España, en Francia, en todas partes, por fin; se buscaban manuscritos i libros latinos con un aincó particular. Aquello era una fuerte confederacion de los talentos i de las luces, echa en medio de la Europa esclavizada por el poder eclesiástico i por la dominacion feudal».

Petrarca escribia, señores, a uno de sus amigos lo qe sigue: «Si me amas, encarga a algunos sujetos ilustrados i fieles, qe recorran la Toscana, qe registren todos los archivos a ver si encuentran algo con qe calmar o irritar mi sed. Aunque tú no ignoras qe desde mucho tiempo atras, esta es la pezca i la caza en qe me ocupo, quiero repetírtelo particularmente aquí para qe dupliques tu empeño. La misma peticiou ago a mis amigos de la Bretaña, de las Galias i de la España. Trata de no ser inferior a nadie en zelo i diligencias.» En otra carta decia: «Mil veces e mandado dinero i toda clase de recursos no solo a los demas pueblos de la Italia, sino a Francia, Alemania, España e Inglaterra. Asta en Grecia tengo ajentes: espero de allá a Ciceron; e recibido a Omero, qe, por mis cuidados se alla oi bien traducido al latin.»

Si de la Italia i de Petrarca pasais a la Francia i a Montaigne, a la España i a Cervantes, allareis siempre la misma cosa, a saber; el idioma latino sirviendo de fondo i de guia a las inspiraciones i producciones del injenio moderno. Despues de esto viene a ser una verdad estrictamente vulgar el asegurar qe el arte de escribir con brillo, oportunidad i belleza, en los idiomas modernos, es un arte cuyas raices principales se allan en el estudio concienzudo de los antiguos. I, al ablar del arte de escribir, no es mi ánimo ablar solo del arte de escribir obras eruditas i de altas doctrinas: no, señores! Ablo tambien del arte de escribir artículos lijeros i panfletos; ablo del arte de escribir canciones i poesías sueltas. I, para dárseme razon en lo qe digo, no se necesita mas qe recordar los nombres [de Voltaire Paul-Louis Courier de Cormenin, i de Delavigne autores qe an debido la reputacion de qe gozaron i de que goza-

rán siempre a sus profundos conocimientos de las literaturas antiguas.

Segun esto es claro, señores, qe si los americanos aspiramos a crear una literatura séria i verdaderamente social, debemos dejar esas ridiculas pretenciones de orijinalidad que no son mas qe un sueño teórico qe jamas veremos realizado. Por tradiciones i por situacion pertenecemos señores, al clasicismo, es decir, al espíritu de las naciones qe an nacido de Roma: i nuestra civilizacion, asi como nuestra sociedad i nuestra cultura, no podrán jamás divorciarse de las tradiciones del gusto i de la filosofía antigua. Si qeremos ser literatos, es necesario qe comencemos por estudiar con amor i con zelo las ricas producciones del jenio antiguo, jenio tan culto como penetrante i artista. I sin negar, por esto, qe el jenio moderno tenga sus cualidades orijinales i propias, debemos tener presente siempre qe, siendo istóricamente ijo de aqel, está obligado a continuar sus tradiciones domésticas, salvas sus facultades innegables para enriquecer el inmenso caudal qe a tenido la fortuna de eredar. Yo, señores, pido *progresos* i no *interrupciones*; pido *armonía* i no *lucha*; pido *adopciones*, i no qiero esos tristes *repúdios* qe solo pueden imajinar la ignorancia i la mediocridad.

A los qe qieren parangonar las literaturas de la edad media con la literatura latina, me bastará hacerles una reflexion: esta literatura tiene tanto de culta i artista quanto las otras tienen de toscas i de rebeldes: i si bien es cierto, qe la imitacion exajerada de la primera nos puede llevar asta la frialdad i el artificio; es cierto tambien qe el apego a las segundas nos lleva necesariamente asta el furor de las materialidades mas repugnantes i francas del salvajismo, asta los caprichos mas enemigos del pudor i de la cultura social, qe siempre deben ser el fondo del arte literario. I para probároslo, señores, no aré mas qe aceros recordar la mayor parte de los dramas modernos; Victor Hugo mismo, el mas elevado de los poetas románticos, a caido mil veces en el fango de las literaturas feudales, i por eso, es, señores, qe a escrito las escenas repugnantes del *Rei se divierte*.

Semejante resultado no puede alagar por mucho tiempo los gustos de las naciones cultas i adelantadas qe el siglo XIX debe mostrar en el suelo americano. A medida qe nuestra sociedad fortifique su vida elegante i civilizada exijirá qe la literatura i el arte le muestren formas i principios tan cultos i tan pulidos como el siglo en qe vivimos, clásicos, en fin, por su espíritu i por el idealismo de sus formas; i no permitirá, por cierto, qe ningun escritor vaya a buscar sus modelos en las tétlicas i repugnantes manifestaciones de los tiempos bárbaros de la época feudal; tiempos en qe la ignorancia, la supersticion i la fuerza, acian de

la sociedad un verdadero caos; i que eran, por esto, contrarios a la dignidad i allucimiento del arte moderno, que, ante todo, debe ser *ideal* en ermosura, *culto* en sus formas, i *progresista* en sus doctrinas i principios.

Las vulgaridades, señores, que tan cansada como minuciosamente acabo de desenvolver en vuestra presencia, os probarán el respeto que profeso a los estudios clásicos; i la importancia que doi a la excelente obra de gramática latina que nos a dejado el señor D. Francisco Bello. Basta este servicio, señores, echo a la juventud de esta república; para que consideráseis como irreparable la falta del miembro que abeis perdido.

En un tiempo en que son tan raros los bellísimos estudios que él abia echo; en que son tan pocos los jóvenes que tienen la paciencia, la constancia i el amor del trabajo que él abia necesitado tener para producir obras de aquel jénero, es imposible encontrar elojios, que por bastante justos, merezcan ser pronunciados en este solemne lugar.

Ojalá, señores, que las simpatías que el señor Bello a dejado en cuantos le conocieron, i que el deseo de obtener un respeto i una reputacion igual a la que él tenia, muevan la ambicion del mas digno entre nuestros jóvenes, i le inspiren la resolucion de trabajar con firmeza i de marchar sin desalentarse, asta venir a sentarse entre nosotros traído por los mismos estudios i trabajos que cultivó mi antecesor.

D. Ventura Cousiño, miembro de la misma Facultad, pronunció en seguida este discurso:—

La Facultad de Filosofía i Umanidades, de quien tengo el honor de ser el órgano en este instante solemne, os a escuchado, señor, con el vivo interes que le inspira cuanto es capaz de realizar el reconocido mérito de una persona como vos, a quien a elegido como partícipe de sus tareas.

Recientes los exámenes i otras pruebas brillantes con que abeis acreditado ante la misma Facultad vuestra capacidad distinguida, recibidas espresiones de modestia i gratitud que os excita la vista del asiento que venis a ocupar, como una prenda onrrosa de la idalguía de vuestros sentimientos i de una ambicion noble i modesta, que le asegura vuestra activa cooperacion al importante fin de sus labores.

Si la solemnidad de este acto i la reminiscencia que abeis echo de vuestro benemérito antecesor no an podido ménos de despertar algunos

recuerdos dolorosos, el cuadro que acabais de bosquejar de los preciosos trabajos con que aquel malogrado jóven ilustró su fugaz carrera, la memoria viva de sus virtudes i cuantos rastros imperecederos a dejado de su luminosa existencia, son bálsamos de consuelo, que aplicados a recientes eridas, acen grata la mano que los sabe aplicar i avivan los sentimientos de interes i simpatía ligados a la persona de su sucesor, en quien descanzan las esperanzas de ver ocupado el vacío que tamaña pérdida a dejado en este ilustre Cuerpo.

I en efecto, señor López, vuestro nombre i antecedentes justifican esta alagiüña expectativa. Nacido en una República hermana e ijo, como sois, de un poeta americano, depurada vuestra educacion en la escuela de la adversidad i contando ya con un rico caudal de luces i esperiencia en pocos años, poseeis títulos que garantizan el acendrado temple de vuestra alma i os colocan en posicion análoga a la de vuestro antecesor poco tiempo ántes de ser llamado a mansion mas feliz.

Aun no ace once años que a la sombra protectora de su ilustre padre i apenas salido de la adolescencia, daba en la capilla del Instituto la primera espléndida prueba de precoz intelijencia, con que el jóven Bello inauguró su brillante carrera. Llamado desde entónces a desempeñar una clase superior de latinidad en el mismo establecimiento, i aunque tan jóven casi como sus propios alumnos, mui superior a ellos por la superioridad de su razon i de su espíritu, era el mas perfecto modelo que podia presentarse a la imitacion de la tierna juventud que lo rodeaba, el estímulo mas poderoso de estudio i el preceptor mas adecuado para inspirarles esa aficion i gusto, en que se abia educado por las puras i nobles bellezas de la sabia lengua de Ciceron i de Virjilio. El amor i respeto que inspiraba eran los medios de accion de que sabia valerse para el aprovechamiento de sus discípulos, que veian en él ménos al preceptor que al amigo. La publicacion de su excelente gramática latina, fruto de su laboriosidad infatigable, no tardó en dar a la juventud i a la Patria una nueva prueba de su adhesion i consagracion exclusiva.

Justo apreciador de esta importante obra de vuestro antecesor, con razon la considerais de una influencia directa i eficaz sobre la sólida instruccion de la juventud. En un tiempo en que el prurito de extranjerismo moderno i cierta superficialidad e inchazon pueril vician la índole de nuestro idioma nativo i depravan las fuentes del buen gusto, son sin duda de un mérito eminente aquellos trabajos, que, como el del Sr. Bello, tienden a facilitar el estudio de la literatura clásica, de ese tesoro de bellezas i primores, cuya llave es la majestuosa i rica lengua latina, intérprete de los grandes poetas, oradores, istoriadores i filósofos, en

cuya severa escuela se han formado los mas ilustres escritores modernos i de la cual ha derivado el habla castellana sus mas bellas dotes. Vuestras observaciones sobre el mérito de dicha gramática, considerada en su tendencia a reformar los vicios de nuestra naciente literatura, propendiendo a establecerla sobre las bases del gusto clásico, si bien contribuyen a realizar el mérito del autor, onrran tambien a quien tan justamente sabe apreciar su importante trascendencia.

Educado en la severa escuela de los grandes ombres de la antigüedad, cuando empezó para Bello la edad de las pasiones i de los errores, él solo conoció la del estudio; i si de algun error puede culpársele es de haber sido parte quizá a abreviar su existencia con su excesiva constancia en el trabajo. Error justificable, o tendencia tal vez imprescindible, como inherente a la naturaleza misma de un jóven, cuya actividad mental lo impelia con irresistible fuerza al mas alto grado de perfeccion moral e intelectual.

Con pasion no ménos ardiente por el estudio i todo lo que propende a jeneralizar el precioso bien de la instruccion, i como miembro de la Facultad universitaria, a cuyo laborioso zelo está encargado este importante ramo, vais, señor, a prestar vuestra cooperacion a la obra eminentemente social de fomentar los buenos estudios i propagar los dones de la intelijencia en vuestra patria adoptiva, ya que los furores de la guerra civil os obligaron a abandonar el suelo natal.

Con vuestros útiles trabajos obtendreis una ciudadanía mil veces mas onrrosa que la que da solo el nacimiento; i si bien es insensato i propio de innobles sentimientos el apodo de extranjero contra el ijo de una República hermana, vos areis que semejante epíteto no pueda recaer jamas sobre vos, sin manifiesto ultraje de la justicia i de la gratitud, a que os areis acreedor.

El malogrado jóven que os precedió en ese asiento, pudo tal vez con mas razon que vos ser llamado extranjero, pues, segun entiendo, no abia nacido en territorio americano; pero cuando se vió en él ese raro conjunto de virtudes, laboriosidad i talentos, esa rectitud de juicio superior a sus años, cuando se le reconoció el digno heredero de su benemérito padre ¿quién no se gloriaba de llamarlo chileno? ¿Quién no abria temido defraudar a la Patria de una de sus mas bellas joyas, no considerándolo ijo suyo?

La Facultad a cuyo nombre ablo, atenta a las cualidades que os recomiendan, se congratula al recibiros en su seno, con la grata esperanza de que no tardareis en llenar el vacío de tan grave pérdida i en corresponder a su consoladora expectativa.